palabras *en la parte mas tierna del pedrusco*, que no concuerdan con la verdad. Por el contrario, el pedrusco es de tal modo duro en todas sus partes, que despues de haberle sacudido fuertes golpes por espacio de una hora, apenas pudimos conseguir mas que fragmentos muy pequeños. El martillo de que nos serviamos al objeto era de hierro y muy fuerte. Sin embargo, no pudo resistir y se torció. [1]

Lo que hay de mas notable y omite el escritor de que he hablado, es que el sitio en que se halla la piedra está indicado por los árabes con los nombres de *Massab* y *Meribab*, es decir, casi con las mismas palabras *Massah* y *Meribah* de que se vale la Escritura en hebreo, que significa *querella y tentacion*. (*Exod.* XVIII, 7.)

Los beduinos atribuyen una virtud milagrosa á las escavaciones que el agua ha formado en esta piedra. Cuando sus camellos están malos, traen de lejos yerba que depositan en ellas, y despues se las dan á comer. (8)

Al volver al monasterio, cuando me fué preciso acomodarme al anillo de la cuerda para poder entrar en él, no podia quitarme las aprensiones que me habian molestado el primer dia, aprensiones que renacian tantas cuantas veces debia subir ó bajar. Si el hombre que recoge la cuerda con la rueda la deja escapar, si esta cuerda se rompe, si no me afianzo bien á ella, si me sobreviene algun vahido ó una debilidad, aquí acabo mis dias.

§ VIII.

Alrededores de Horeb y Sinaí.

Parte del tercer dia la emplee en recorrer el desierto á las inmediaciones del monte Horeb y Sinaí, habitado en otros tiempos por millares de solitarios. Acompañábame el P. Juan de Cefalonia mi ordinario guia, y el P. Neófito de Candía: este no sabia mas que el griego, sin que por fatalidad ni uno ni otro pudieran ilustrarme sobre los puntos en que mas interesada estaba mi curiosidad. Bien hubiera querido oir de su boca los detalles indispensables para enterarme de esta tierra de prodigios que en todas partes ofrece un carácter particular; pero no pude conseguir mas que cuanto refiere la mayor parte de los viageros cristianos, y recoger mis particulares impresiones. Habia de antemano visto estas moles de peñascos esparcidos, estas peñas madres de que se desgajan, hendidas y dispuestas á soltar de su seno otras masas todavía mas enormes, que contemplándolas de nuevo, nuevamente me espantaba y horrorizaba. Cuanto me rodeaba, melancolizaba y asustaba mi espíritu. Silencioso al lado de los religiosos, que tambien suspensos consideraban este espectáculo sin embargo de estar acostumbrados á verle, parecíame hallarme presente á las primeras escenas de la subversion de la naturaleza, tales como nos las anuncian las divinas Escrituras para los últimos dias del mundo; y para alejar de mí el terror que sugiere esta idea, me era necesario recordar que el Señor habia pasado por allí, que allí mismo se manifestó á Israel, que allí se publicó su Ley santa, y que allí entre el formidable aparato de esta promulgacion, los relámpagos y truenos habia hecho humear los montes y herido sus entrañas con el rayo.

1 Conforme al texto sagrado del Deuteronomio, c. VIII. 15: *Qui eduxit rivos de petra durissima.*

En seguida trepé Horeb, deteniéndome mucho tiempo en el sitio en que se dice se encontraba Moisés, cuando descubrió la zarza ardiendo. Desde él es admirable el punto de vista, y no tiene igual. Tenia á la izquierda al monte Sinaí, elevando magestuosamente su cumbre hácia los cielos; á una media legua debajo de mí, y en un valle estrecho y profundo veia á mis piés la *fortaleza* del monasterio de la Trasfiguracion, despecho del árabe codiciando cuanto contiene, y midiendo con ojo consternado las paredes que no puede saltar: mas lejos en el jardin del convento veia altos cipreces cuyo verdor comunica todavía mas tristeza á los peñascos áridos que rodean al monasterio, y echan sus enormes flancos al desierto: á la derecha se estendia mi vista sobre el camino que hicieron los hijos de Israel para llegar al Sinaí, la llanura en que acamparon cuando Dios dió la Ley á Moisés, y mas allá de esta llanura cubierta de maleza amarilla y marchita, sobre el dilatado anfiteatro de montes que le rodean.

Sentado en la roca dejé á mi imaginacion en plena libertad, é hirviendo en ella los recuerdos pasaban por ella rápidamente los milagros de la predileccion de Dios para con su pueblo, y los prodigios de ingratitud de un pueblo grosero y carnal; jamas habia sentido con tanta vehemencia la enormidad de las prevaricaciones de Israel idolatrando al pié de estos montes. Presentábaseme el altar sacrílego levantado por Aaron en medio del campo; veia al abominable ídolo, los holocaustos y víctimas inmoladas; á la multitud, olvidando que el Señor la habia salvado del Egipto, unos sentados comiendo y bebiendo, otros entregándose á placeres insensatos y danzas impuras. Veia Moisés bajando apresuradamente del Sinaí, rompiendo las tablas de la Ley en los trasportes de una santa cólera, y á los hijos de Leví con su espada pasando y repasando de una á otra parte del campo hiriendo de muerte al hermano, al pariente y al amigo; oia los gritos de los criminales al caer y espirar á la violencia de los golpes. Reconocia al mismo tiempo la justicia de las divinas venganzas; pero tambien me perturbaba confundido por el exceso de ceguera é ingratitud, capaz de arrastrar al desprecio de los mas estrepitosos y recientes beneficios: de suerte que para poder entender un misterio tan estraordinario, me fué preciso recogerme dentro de mí mismo y sondear profundamente las miserias de mi corazon, de cuyas resultas concluí reconociendo, que todavía mas ingrato le habia sucedido con sobrada frecuencia, despues de las gracias y favores los mas grandes con que le habia colmado el Señor, adorar divinidades estrangeras, es decir, á los dioses que adora el mundo: feliz por haber hallado en las manos de los levitas de la nueva ley el dia de mi arrepentimiento, no la espada que da la muerte, sino la cruz de mi Salvador, la misericordia y el perdon.

Habiendo llegado mis camellos el 4 por la mañana, me ocupé casi esclusivamente de mi partida.

Por la mañana pasé á la capilla de la Zarza ardiendo, y desde allí fuí algunos instantes al sepulcro de Santa Catalina. Los Padres estaban en el oficio. Durante mi oracion me distrajo una voz angelical, cuyo canto dulce y armonioso formaba un particular contraste con el de la restante comunidad; á los acentos de esta voz me pareció oir los de la escuela italiana acompañados de un órgano suave y sonoro, siendo tanta mayor mi admiracion en cuanto no se encuentra cosa igual entre los griegos de esta comarca. Al salir de la iglesia pregunté por simple curiosidad á un Padre sobre este objeto, deseando conocer al que con su canto me habia arrobado: "Ahí le teneis, me contestó, enseñándomelo á pocos " pasos de nosotros. Mucho mejor haria de callar, añadió bruscamente, ó en " conformarse al uso de la comunidad para el divino oficio." A la verdad si he de juzgar por lo que he oido, la costumbre de la comunidad es de cantar con

tono gangoso y de un efecto el mas desagradable. Para no dejarle conocer que no estaba de acuerdo con él en el particular, me fué preciso hacer un esfuerzo de cortesanía.

Por la tarde me despedí de casi toda la comunidad reunida. Los religiosos serán de cuarenta y cinco á cincuenta: entre ellos los hay de setenta y ochenta años con una salud tan robusta que se les tomaria por hombres de cuarenta: el mas anciano cuenta noventa y seis años ostentando todo el vigor de la juventud. Conservando toda la perspicacia de su vista lee sin anteojos, y en su ministerio sirve de modelo, de actividad y exactitud á sus hermanos. Débese esta buena disposicion del cuerpo, no solo á la paz, simplicidad y regularidad de vida que se nota en todas las comunidades, sino tambien á la pureza del aire que se respira allí. Sin embargo, no faltan entre estos buenos Padres algunos que exageran sobre el particular, asegurando que si algun apestado entrase en el convento, no contagiaria á ninguno de sus individuos. Ignoro si lo han esperimentado alguna vez; pero mi incredulidad se dió á conocer por una sonrisa que vieron con compasion. Por lo demas todos agradecieron afectuosamente mis acciones de gracias, y el homenage de mi gratitud por el esmero hospitalario que me habian prodigado.

En mi última conversacion con el superior, despues de darle particularmente gracias, me tomé la libertad de hacerle dos ó tres preguntas de algun interés para su comunidad. En algun parage habia leido que tenian dentro del claustro una imprenta árabe y se lo dije, pero me contestó que lo que habia leido era una equivocacion. Habléle de los considerables gastos que les ocasionaria el mantenimiento de tantos edificios como los que integran el monasterio, la iglesia con sus treinta capillas, ornamentos, &c., manifestándole la admiracion que me causaba de bastar á todo. Entonces entró con gusto en el detalle de los grandes recursos que les procura la devocion á Santa Catalina, que le profesan los griegos: díjome que de paises muy remotos les venian auxilios, y aun de las Indias, y despues de una larga enumeracion: "Nuestras paredes, añadió con calor, nuestras paredes podrian ser de oro, si tuviéramos cuanto nos ha enviado la piedad de nuestros hermanos, y nos ha robado la violencia de los árabes." Con este motivo me refirió que de muy poco tiempo acá, antes de apoderarse Mehemet-Alí del trono de Egipto, el monasterio era el objeto de las vejaciones diarias, no menos funestas á la vida de los religiosos que á sus riquezas. Que muchos murieron por su decision en conservar los intereses de la casa y se les considera como mártires, conservándose sus restos en una capilla particular.

Nada exigen los religiosos á los peregrinos y viageros por la hospitalidad que han recibido; pero cuentan con una retribucion sin que sepa que hayan salido jamas fallidas sus esperanzas. Al poner mi nombre en el libro de los estrangeros, acompañé mi tributo mucho menos para conformarme con la costumbre, que por el vivo sentimiento de los cuidados, cortesanías y deferencias con que se me distinguió.

§ IX.

Regreso al Cairo.

El 5 de Marzo muy de mañana salí del monasterio de la Trasfiguracion; y aunque obligado á partir no fué sin sentimiento. Los padres Juan de Cefalonia y Neófito de Candía, que tanto me obsequiaron, quisieron acompañarme hasta una legua del convento.

Apenas solté la cuerda por la que habia bajado, cuando se me agruparon los beduinos pidiéndome limosna. Para desembarazarme del mas importuno, mi genízaro Mahoma le dió un bofeton. Reprendíle agriamente, y para reparar el atropello, exigí que él mismo fuese el portador de algunas monedas de mi parte al agraviado; dudó un momento, pero obedeció por fin.

Los mismos camelleros que me condujeron se encontraban allí, solícitos de ofrecerse para volver conmigo. Como me hubiesen cogido un afecto durante mi primer viage, hubieran sentido que fueran antepuestos los otros que se presentaban. Yo les dí la preferencia con tanto mas gusto cuanto á excepcion de su sempiterna habladuría, vicio como he dicho, comun á todos los árabes, que me incomodó en los principios, no podia menos que darme por satisfecho de sus buenos servicios. Al regreso me hicieron tomar un camino que era mejor, segun ellos, aunque mas largo que el que habiamos seguido yendo al Sinaí. No debí felicitarme por esta eleccion como ellos esperaban, porque no vimos en las primeras jornadas sino peñascos, piedras, arena y uno que otro camello recorriendo de uno á otro lado para encontrar alguna miserable comida. La del dia 6 fué estremadamente penosa, haciendo diez leguas contrariados siempre por un viento impetuoso. Con suma dificultad pude sostenerme á caballo, y el sombrero se me hizo pedazos: poco faltó que Mahoma, á pesar de su habilidad, no fuese derribado; y alguna vez creí que nos seria imposible resistir á la violencia del huracan. Todavía fué peor por la tarde cuando traté de levantar mi tienda. Diez veces me la arrancó arrastrándola cuarenta ó cincuenta pasos de nosotros, sin poderla jamas asegurar sino cuando la puse al abrigo de un peñasco, á alguna distancia de los de mi comitiva, situado á la inmediacion de la maleza. Por complemento de la calamidad, ni unos ni otros pudimos encender fuego. El mal tiempo no cesó hasta muy adelantada la noche.

¡Cuál fué mi sorpresa cuando al dispertarme el dia siguiente y llamar á mis beduinos, oí que un eco, acaso el mas famoso de cuantos hubiesen herido mi tímpano, repetia con toda distincion mis palabras! La sensacion fué tanto mas viva en cuanto era inesperada, y en vez de llamarles por segunda vez, gritaba con todo el júbilo de mi corazon: ¡Jesus! ¡María! ¡José!

Volvia el eco á decirlo, repitiendo hasta la mas mínima inflexion de mi voz: ¡Jesus! ¡María! ¡José!

Enardecido y como fuera de mí mismo al oir que un peñasco musulman hacia coro conmigo, quise prolongar una fruision tan encantadora, entonando con toda la fuerza de mi voz la *Salve Regina* que proseguí hasta al fin. El eco

cantó conmigo enviando á lo lejos en el interior del desierto todas mis palabras con una admirable fidelidad. Admirados los beduinos escuchaban en silencio, parecia que participaban de mi sorpresa, de modo que para no interrumpirla, en vez de acercárseme, esperaban con calma que fuera yo á reunirme con ellos.

El dia 9 me encontré mucho mas fatigado de lo que acostumbraba. Temí no poder continuar la marcha y de suspenderla antes de la hora regular, no siendo sino por un esfuerzo que hice sobre mis propias fuerzas que llegásemos al sitio donde debiamos pasar la noche. Desde luego me armaron la tienda: tuve un acceso de calentura con palpitaciones de corazon. Perdia las confianzas de proseguir mi camino, y apoderándose la inquietud de mi espíritu, me preguntaba á mí mismo qué seria de mí si se agravaba mi mal, si debiera sufrir una enfermedad, privado de todo socorro y confiado á la discrecion de algunos árabes en medio de un desierto. Pero despues trayendo á la memoria aquellas sublimes palabras: *Padre nuestro que estás en los cielos*, cambiaron enteramente mis ideas: adoré su santísima voluntad, puse mi suerte en las manos de su Providencia, y me hizo la gracia de comprender que para un religioso á quien sus votos han separado del mundo para siempre, no hay menos dicha, y que aun puede resultar mas gloria de morir en peregrinacion sobre la arena del desierto, que de entregarle su alma sobre la paja ó ceniza entre los cuidados y plegarias de sus hermanos. Durante la noche descansé algunos ratos, la calentura habia cesado al rayar el alba, y como me sintiese un nuevo vigor, dispuse nuestra partida.

Por la tarde, en los momentos que distraido con los recuerdos del dia anterior, en ninguna cosa pensaba menos que en lo que tenia delante, descubrí el mar Rojo del cual me creia todavía muy distante. Esta inesperada vista fué para mí como el rocío para una tierra seca y árida que la refresca y alivia: mis penas se aliviaron, y la marcha de la jornada terminó con menos dificultad de lo que temia.

Muy de mañana el dia siguiente tomé dos beduinos competentemente armados y partimos para satisfacer la impaciencia que tenia de hallarme aquel mismo dia en la ribera del mar. Encomendé á Mahoma que debia ir detras de mí que me aguardara en las *Fuentes de Moisés* donde me reuniria con él y pasaria la noche. La arena fatigó estraordinariamente las cabalgaduras que á ciertos parages se hundian hasta media pierna: sin embargo llegamos bastante temprano á la orilla. Desde luego me apee, y no perdí tiempo en recoger mariscos de los mas hermosos que descubrí. Al momento de continuar el viage noté que me faltaba el Crucifijo que constantemente traia conmigo. ¿Me lo habia tal vez olvidado por la mañana al recoger mi equipage? ¿Se me cayó por el camino? ¿Me lo habrian quitado? Ignoraba á qué atenerme. Era imposible que esta pérdida me fuera mas sensible, afectándome en términos que me hacia olvidar todo lo demas. Hacia muchos años que al pié de este Crucifijo depositaba todas mis penas; era mi sosten en las enfermedades, mi mas apreciable compañero en los viages, mi consuelo y mi dicha. Muchas veces le habia perdido y otras tantas le encontré; y últimamente habiéndole dejado en el Santo Sepulcro se me envió á Jaffa. Ahora la aprension de no volverle á recobrar era tanto mas fundada cuando pudiera hallarse escondido entre las arenas y tal vez ser ya presa de los árabes. Fuí corriendo á reunirme con los beduinos de mi comitiva, y puesto en medio de ellos les comuniqué mi pérdida, añadiéndoles que el Crucifijo no era de oro como algunos pudieran imaginarse, y que no queriendo suponer en ninguno de ellos capacidad de habérmelo robado, habia resuelto enviar para que le buscasen; pero que si no lo encontraban sabia ya el partido que debia tomar. Despues de esta advertencia despedí al de mas confianza mia con órden de seguir el mismo camino que habiamos hecho hasta el punto que se puso la tienda, y desde allí volver á Suez donde le aguardaria. Tomó provisiones y agua por dos dias y partió al momento.

Apenas le perdimos de vista, cuando un jóven negro que viajaba con nosotros me pidió con instancia que le permitiera acompañarle para ayudarle en las investigaciones. Parecióme singular este paso y menos me bastaba para dispertar mis sospechas. Bien pudiera yo mejor indicarle me diese permiso de reconocer sus faltriqueras; pero obrando mas cristianamente le hice entregar su parte de alimentos y le dejé ir; bien que desde entonces ya no dudé en el recobro de mi Crucifijo.

Pasamos la noche en las *Fuentes de Moisés*, donde, como en nuestro primer paso, encontramos muchos beduinos. El tiempo fué muy malo, habiendo tenido viento y lluvia la mayor parte de la noche.

Los camelleros al rayar el alba tomaron de mi órden el camino por la orilla del Istmo con el equipaje, mientras que yo para ahorrarme dos horas de rodeo atravesaba el mar por frente de Suez. Afortunadamente encontré una barca cargada de odres con agua para la misma poblacion; pero como estaba á cierta distancia de la orilla que me impedia ir á bordo, me fué preciso hacer que se me trasportase á ella. Los árabes que me tenian por un gran personage, gracias á mi dromedario, contando con una espléndida recompensa, me tomaron sobre sus hombros, adelantando alegres y con demostraciones de triunfo hácia las aguas, gritando y cantando á toda voz, levantándome y bajándome segun la cadencia de su melodía, cuidando poco de que en la alternativa de sus movimientos mis hábitos se zabulliesen. Calcúlese con cuánta impaciencia ansiaria salir de sus manos. No respiré con libertad hasta que me ví á bordo.

Halléme en Suez con un concurso extraordinario de peregrinos mahometanos que habian llegado para embarcarse con direccion á Tor, y de allí pasar á la Meca. Estaban intransitables las calles con las tiendas, camellos y bagages. La multitud curiosa se paraba delante de mí por la sorpresa de mi hábito, y no faltaban entre ellos quienes se sorprendieran; otros me seguian mas ó menos trecho, verificándolo algunos hasta la casa del agente de la compañía de Indias, el Sr. Menoula, en la que me apee, y que me recibió con la mayor cordialidad y satisfaccion.

El beduino y negro que salieron en busca del Crucifijo, no estaban todavía de regreso, siéndome preciso sacrificar el siguiente dia para aguardarles. Por la mañana, aprovechando la baja marea, y acompañado de mi huésped, del genízaro y de dos pescadores, volví á buscar de nuevo mariscos y hermosos crustáceos sobre la playa que quedaba descubierta antes del reflujo. Aquellos llegaron por la tarde. Hicieron un largo camino siguiendo en cuanto les fué posible la pista de los camellos á veces juntos y otras separados. El negro, en una de las ocasiones de hallarse solo, habia sido el afortunado que encontró sobre la arena el interesante objeto que yo teuia en tanta estima. Por lo menos esto era lo que él referia, y lo que el beduino tenia la bondad de atestiguar sobre la palabra de su compañero. Pero yo, que en este caso era condescendiente, no me decidia por esta relacion por haber previsto de antemano la combinacion y sus resultados; mas como en ocasiones semejantes puede perjudicar el dar á conocer sus propios sentimientos, sin admitir el de los otros, en vez de divulgar los mios, afecté deferir á su probidad, y por único castigo resolví no darle mas recompensa que demostraciones de palabras, persuadido que las convicciones de su conciencia no le permitirian acusarme de ingrato.

Deseando con impaciencia llegar al Cairo, salí el 18 de Suez á las cuatro de

la mañana, apresurando la marcha cuanto me fué posible. Tan solo una cosa nueva me admiró por el camino y fué el fenómeno óptico que los fisicos denominan *mirage*, fenómeno que para mí, así como para cuantos no le hayan visto, causa un efecto extraordinario y dificil de describirse. Antes del medio dia del 14 la llanura arenosa del desierto pareció á cierta distancia convertida en un mar inmenso é inmensurable. A proporcion que adelantábamos, los árboles, las casas, las poblaciones, cuanto se elevaba á lo lejos á la superficie del suelo, parecia que nadaba en este océano, cuyas aguas desaparecian al acercarnos; y la ilusion era tanto mas completa, fuerte y parecida á la realidad, cuanto sin el auxilio de la reflexion me hubiera sido casi imposible disipar la equivocacion de mis sentidos. Para un viagero molido de cansancio, tostado por los ardores del sol y jadeando de sed, esta tramposa apariencia acrecienta sus tormentos. Parecido á un nuevo Tántalo ve que se le retira de su inmediacion lo que tomaba por verdadera agua, y esto con tanta mas prontitud cuanto mayores son los esfuerzos que hace para alcanzarla y beberla. [1]

Por fin, despues de una marcha de diez y seis horas, el 15 llegamos al Cairo. La ciudad entera estaba en movimiento por ser cabalmente el dia de salida de la gran caravana para la Meca, y la alegría era general. Traian procesionalmente por los diferentes barrios de la ciudad la alfombra que todos los años la capital regala al sepulcro del profeta, y en todas partes, inclusa la puerta por la que entramos, la multitud era inmensa. En vano amenazaba mi genizaro con la caña con puño de plata. Desconfiábamos de poder adelantar, cuando el oficial egipcio que estaba de guardia, viendo nuestras dificultades destacó algunos soldados para hacer despejar y abrirnos paso. Luego que lo tuvimos abierto mandé al genízaro que tomase por las calles mas expeditas; pero sin embargo debieron superarse obstáculos para llegar al monasterio de los reverendos padres Franciscos. Tuve el gusto de encontrar con los buenos religiosos, al señor vicecónsul de Austria y á otros amigos, que ansiando verme de regreso y felicitarme el buen viage por el cual tanto interés habian tomado, me agasajaron con la mas sincera expresion de su amistad.

§ X.

El camello y el dromedario.

No quiero terminar la relacion de mi viage por el desierto sin ocupar por algunos momentos á mis lectores sobre otra de las maravillas de la divina bondad de que no he hablado hasta ahora; pero que mi reconocimiento no ha cesado por un solo dia de celebrar despues de mi salida del Cairo, ocupando en lo sucesivo y para siempre un lugar entre mis mas queridos recuerdos. Hablo de la maravilla que presenta el camello á quien le mira de cerca, haya estudiado su destinacion y sabido, aunque no sea mas que por la experiencia de algunos dias, el recurso que ofrece a los pueblos del Oriente. Entre todas las especies de animales sometidos á la voluntad del hombre, en ninguna se manifiesta de un modo mas sensible la Providencia, complaciéndose en presentar socorros á la necesidad; á adecuar, si puedo valerme de esta expresion, los animales de carga, sus fuerzas, género de vida, forma, volúmen, todas sus cualidades inclusa la del color, á las comarcas para las que han sido criados, y diferentes usos á que deben emplearse. Muchísimas veces, pensando en el hombre que por desgracia se empeña en desconocer al supremo Autor de todas las cosas por sus obras, muchísimas veces, digo, me he dicho á mí mismo: ¡Oh si este desventurado pudiese ver lo que yo, cómo admiraria lo que admiro! y por poco que rayara en su espíritu de aquella luz que permite descubrir las causas por sus efectos, si le quedaba en su corazon una partecita de aquella disposicion á la rectitud y honradez y á amar lo bueno, ¡cómo la simple vista del camello y de sus multiplicadas utilidades, le harian olvidar los miserables sofismas de una ciencia vana y desagradecida, á fin de remontarse hasta Dios, para tributar homenage á su poder, sabiduría y bondad, para adorarle, glorificarle y bendecirle!

1 Véase la explicacion de este fenómeno al tomo segundo de la *Fisica* de Hauy.

Dotado el camello de calidades que están en armonía con el clima que habita, es para el árabe un tesoro mas precioso que las riquezas, que el oro y las sederías del Oriente. Por esta razon le llama animal santo, animal sagrado, [1] prodigándole un cariño respetuoso, porque sabe que sin él ni podria vestirse, ni viajar, ni comerciar, ni aun vivir. "Figúrese, dice Buffon, un pais sin verdor, ni " agua, con un sol abrasador, un cielo siempre seco, llanuras arenosas, montañas todavía mas áridas, que recorre el ojo perdiéndose la vista sin poderse " parar sobre un objeto que tenga vida; una tierra muerta ó por mejor decir desollada por los vientos, sin presentar mas que huesos descarnados, guijarros esparcidos, peñascos en pié ó derribados, un desierto absolutamente descubierto donde ningun viagero ha podido respirar jamas debajo de la sombra, donde nada le acompaña, ni le recuerda la naturaleza con vida. Absoluta soledad mil veces mas espantosa que la de los bosques; porque al fin los árboles son unos seres para el hombre que se halla solo; mas aislado, sin recursos y perdido en estos sitios vacíos y sin límites, ve en todo el inmenso espacio su propio sepulcro; la luz del dia mas triste que la sombra de la noche, no renace sino para descubrir de nuevo la desnudez, su impotencia, y presentarle el horror de su situacion retirando á su vista la barrera del vacío y prolongando á su alrededor el abismo de la inmensidad que le separa de la tierra habitada, inmensidad que en vano procuraría recorrer, porque el hambre, la sed y el insufrible calor apresuraran los instantes que le quedaban entre la desesperacion y la muerte.

"Sin embargo, el árabe con el auxilio del camello ha sabido atravesar y aun apropiarse estos blancos de la naturaleza, sirviéndole de asilo, asegurándole su tranquilidad y manteniéndole en la independencia." [2]

Y sin embargo, con el camello, el sábio de los climas templados y aun de las frias regiones del Norte, sin recelo de crueles privaciones é invencibles obstáculos, ha podido ir á preguntar en provecho de la ciencia á las ardientes arenas del desierto, y á las peñas de sus montañas; á reconocer los sitios, á fijar su posicion, á medir su extension y á calcular su eminencia.

Y sin embargo, el humilde peregrino con el auxilio del camello para visitar las sagradas cumbres de los montes en que se oyó la voz de Dios, frecuentemen-

1 Camelos.... animalia sancta ii apellant ex insigni commodo quod ex ipsis indigenæ accipiunt. (Prosper. Alpin., *(Hist. Ægypti.)*

2 Buffon, *Hist. natur. du chameau.* Quadrup, tom. V.